

mos encontrado sin sombra de variacion desde Nueva Orleans hasta Búfalo.

El Lago-Erie no tiene para mis ojos la mas ligera circunstancia de hermosura : ni es la mar ni es el rio, y sus cercanías carecen de los encantos que generalmente realzan los alrededores de los lagos menores. El único interes que me inspiró su anchura insignificante, provenia del pensamiento que los recuerdos del Niágara excitaban en mi mente : aquellas aguas tan serenas, tan mansas estaban destinadas á engrosar la furia del torrente, y precipitarse con él en el golfo espumoso del Niágara. El camino, por donde fuimos á Avon, es abominable, atravesando por bosques y breñales que apenas han empezado á descuajar. Avon es un miserable y triste lugarejo tan feo como embarazado, y ninguna de sus

« Romas, Cartagos, Itacas y Atenas, »

me ha irritado tanto como ese nombre. Este Avon no corre dulcemente, ni tiene otras ondas que los caños del huisqui ó el zumo del tabaco.

La jornada del dia siguiente fué mucho mas agradable, porque vimos el lago de Canandagua. Tiene este lago como unas diez y ocho millas de largo, pero es bastante estrecho, y se alcanza á ver la orilla opuesta, ricamente en-

tapizada con una verdura lozana y variada, á que sirve de fondo una larga cadena de montañas. Quizas aumentó los hechizos ordinarios de aquella escena mágica el estado de la atmósfera : una de las tormentas repentinas, y de color tan sombrío que en un momento cambian el aspecto de todos los objetos, se levantó sobre la cima de las montañas, y cruzó el lago, mientras lo estuvimos mirando. Otra circunstancia dió tambien un vivo, pero tristísimo interes al espectáculo de la naturaleza. Han construido en una eminencia que domina el lago, una casa de madera magnífica, tan bella como puede serlo una casa pintada y adornada de pórticos y columnas de palo, y cerca del soberbio edificio se alza un tinglado para vacas y demas animales domésticos. A este tinglado, y junto al palacio de hongos del hombre blanco, se habian refugiado dos Indios buscando un abrigo contra la tempestad. Uno de ellos era anciano, y su venerable cabeza indicaba por su postura y su expresión una profunda melancolía ; el otro era mozo y en el fondo de sus ojos habia una tristeza tranquila todavia mas interesante. Allí estaban los naturales y legítimos señores de la hermosa region, mirando el lago delicioso que aun lleva el nombre que sus padres le dieron, contemplando la borrasca que se engendraba en su

seno, y que no seria tan fatal como la que habia reventado sobre sus cabezas.

Aunque he hecho mencion del lago antes que de la pequeña poblacion de Canandaigua, sin embargo al venir del oeste se encuentra esta primero. Es una bonita aldea tan linda como la mas linda que el hombre haya edificado. Cada casa está rodeada de un ancho jardín, y en aquella estación florida, estaban todas medio enterradas en rosas.

Es verdad que las casas son de madera, pero estan pintadas con gusto, y tan bien reparadas, y tan bien plantadas en medio del esmaltado ramage, que es imposible dejarlas de admirar.

Cuarenta y seis millas mas lejos está Ginebra, bellamente situada sobre el Lago Senega, que es tambien una pieza de agua soberbia, y á mi parecer la poblacion puede rivalizar en hermosura con la que lleva su nombre en Europa.

Dormimos en Auburna, celebrada por su cárcel, donde tuvo origen el sistema de correccion americano tan altamente aprobado. En esta parte del pais no faltan iglesias; cada ranchería cuenta su templillo de madera, y en muchas hai dos, para que los metodistas y los presbiterianos no riñan.

Pasamos por una reserva de Indios en seguida, y los bosques aun no tocados volvieron

á cubrir el camino. Repetidos grupos de Indios cruzaron por nuestro lado en varias direcciones, y advertimos que iban mejor vestidos, y estaban infinitamente mas limpios, que los que habiamos encontrado errantes lejos de los fuegos de sus padres. Las mantas, que usan y que se tercián con gracia inimitable en guisa de capas, eran blancas como la nieve.

Nos aprovechamos de la proporcion que nos ofreció la pérdida de una herradura, para dejar el coche, y acercarnos á una gran reunion de ellos, compuesta de hombres, mugeres y niños, que se regalaban con un manjar que yo no conocí, pero en que la leche hacia su papel. Los pobres no sabian hablarnos, mas nos recibieron con risas y agasajos, y sin duda nos entendieron, cuando les preguntamos si tenian mocasines (*) que vender, porque sacudieron sus rizos de ébano y respondieron: — « No. »

Nos señalaron una arboléda hermosa de cocos, el lugar en que los caciques de las seis naciones solian tener su gran consejo; la persona á quien debimos esta indicacion nos dijo que se habia encontrado en varias de sus asambleas, y que, á pesar de no entender su lengua, habia concluido por los grandes efec-

(*) Calzado indio.

tos que entre ellos producía su elocuencia, que poseían ese don en alto grado.

A la caída del día, nos ocurrió una aventura que reanimó nuestras dudas sobre si los blancos invasores, al arrojar á los naturales de sus bosques, han adelantado mucho en la civilización del país. Por lo que á mí toca prefiero la barbarie indígena á la cultura exótica.

Es pues el caso, que en Vernon se paró la diligencia para recibir á « una señora. » Cuando esta entró, llenó hasta la última pulgada que quedaba vacante en el coche, porque antes « eramos ya ocho. »

Pero no bien se hubo sentado, cuando su *galan* se presentó con una sombrerera de palo tan grande como la diligencia. Paróse un poco para meditar sobre las posibilidades de mejor colocación — levantó su caja como para plantárnosla encima de nuestras rodillas — la bajó como para ponérnosla á los pies; hasta que pareciéndole imposible, se dirigió á una de las personas de nuestra sociedad, diciéndole con un estilo verdaderamente yanquí: « Si quisieras bajar un instante no mas, me parece que hallaría lugar para mi caja. »

— « Es posible. Pero ¿ dónde lo hallaría yo entonces para mí? »

A estas palabras pronunciadas con acento inglés, salieron de la taberna de enfrente una

media docena de apasionados del huiqui, y abrazaron la causa del *galan*.

— « ¿ Porqué seréis viajeros ingleses, no es verdad? y ¿ qué? Acá hemos viajado por mejores países que Europa — hemos viajado en América — y la caja irá, calculo yo. »

Nosotros reclamamos contra la evidente injusticia de un proceder tan inconsiderado, y yo me aventuré á decir, que, no llevando nosotros equipage ninguno por ser el espacio tan corto, me parecia que un pasajero casual no tenia derecho para incomodarnos tanto.

« ¡ Derecho! — Allá va eso — eso es lo que saben — ¡ derecho! — El derecho podrá valer en Europa, valdrá; y ¿ qué? Eso suena exactamente á tiranía inglesa — ¡ he! ¿ no digo? pero aquí no pasa. » Y entre una y otras comenzó á tirarnos la sombrerera sobre las rodillas con toda su fuerza.

— « No hai lei que permita una conducta semejante, » dije yo.

— « ¡ Lei! exclamó un caballero mui particularmente béodo! — ¡ lei! — aquí nos hacemos cada cual sus leyes, y *él se gobierna cada uno aquí.* »

Estas fueron las palabras de la disputa. Sin embargo debo añadir en justicia, que evidentemente los tales caballeros habian hecho un consumo mas que ordinario de huiqui, pero

acaso pueda decirse como *in vino veritas, veritas in Huisquio*. Como quiera que sea, los ciudadanos del paraíso occidental siguen á los gentiles en tener una lei para ellos solos.

Durante la cuestion, el cochero permaneció sentado tranquilamente en la sombrerera, sin decir una palabra, y parecia que no dejaba de divertirse con la contienda. Por último la diferencia se decidió definitivamente en favor nuestro por la naturaleza misma de la estructura humana, que solo se puede comprimir hasta cierto grado.

Gran parte de este día tuvimos la buena estrella de tener por compañeros de viaje á un caballero y á su hija, personas en extremo inteligentes y agradables; pero estuve mui cerca de enredarme en una maraña de cuestiones, por haberme aventurado á hacer observaciones sobre una frase usada por aquel señor, y que habia ya oido en todos los ángulos de la federacion, desde que habia puesto el pie en su territorio. Habiamos hablado de pinturas, y yo habia procurado no desviarme de mi regla general, á saber: « decir lo menos posible, cuando era poco agradable lo que hubiera tenido que decir. » En el curso de la conversacion nombró á un artista americano, cuyas producciones conocia yo mui familiarmente, y despues de haberlo comparado á Lawrence (juz-

gando del mérito de este por su retrato de West, que ahora está en Nueva-Yorc), añadió, y « lo que es mas, señora, perfecto discípulo de enseñanza propia. »

Antes de responderle, reflexioné prudentemente sobre lo que debía responder; porque en primer lugar me era imposible tragar que se comparara á nuestro inmortal Lawrence con un vilísimo *chafarrinero*, y luego no estaba en mi mano vencerme para decir Amen; asi me mantuve callada bastante rato, hasta que por último me acordé de la frecuencia con que habia oido la frase de *enseñanza propia* usada no como una excusa sino como un elogio positivo.

— « Pues qué, señora, ¿ hai acaso mayor alabanza ?

— Ciertamente que no, cuando se habla del mérito individual de un artista sin medios de instruccion; pero no es una alabanza en mi entender, cuando se aplica á sus obras.

— ¿ No entendeis que sea una alabanza, señora? ¿ No es atribuir ingenio á un autor? y ¿ que es la instruccion comparada con el ingenio? »

No quiero repetir todos mis dichos y pensamientos en favor del estudio y sobre las desventajas de una ignorancia profunda; mas bien querria yo, si posible fuera, dar una idea de la mezcla de indignacion y de desprecio ma-

nifestada por nuestro compañero, al oír que yo sostenía, que era necesario el estudio para formar el gusto y desarrollar el talento. Finalmente he aquí como cerró la discusión: — « Es inútil disputar sobre un punto que ya está decidido, señora: los mejores jueces declaran que los retratos de Mr. H*** son iguales á los de Lawrence.

— ¿Quién ha pronunciado esa sentencia, caballero?

— Los hombres de gusto de América, señora. »

Al oír su respuesta, le pregunté ¿si pensaba que iba á llover?

Las diligencias, según parece, no tienen paradas ó altos regulares para almorzar, comer, y cenar. Estos intermedios tan necesarios siendo *improvisados* generalmente, son malos, malísimos, detestables sobre manera. Divertíanos ver la paciencia con que nuestros compañeros de viaje americanos comían lo que les presentaban, sin proferir una palabra de queja, y como sufrían, sin hacer el mas ligero esfuerzo para conseguir un cambio ventajoso; pero no bien entraban en la diligencia cuando empezaba el coro de las lamentaciones—« ha sido una

vergüenza » — « ha sido un robo » — « ha sido envenenar á la gente. » Yo pregunté al cabo ¿la razón de una conducta tan extraña? y ¿la causa por qué no se quejaban á tiempo? — « Porque ningún caballero ni dama de América que tiene una posada, sufriría que se le echase en cara una falta. »

Llegamos á Utica muy tarde y con mucha fatiga, pero nos acostamos de buen humor con las delicias de una buena posada y de una perfecta urbanidad, y nos levantamos suficientemente restaurados, para disfrutar los placeres de la jornada que íbamos á emprender por medio de las escenas mas interesantes y romancescas del mundo.

¿Quién dice que América no es pintoresca? — No me acuerdo; pero el que lo haya dicho, no debe haber viajado desde Utica hasta Albania. Efectivamente yo no concibo que ningún otro país presente una extensión de noventa y seis millas mas hermosa ni de mas variados encantos. El arrecife sigue la dirección del río Mohauca, que corre por medio de escenas que se mudan de campos, donde por todas partes brota la abundancia, en rocas y selvas; se ven lindos oteros cubiertos de ganados, y divididos unos de otros por derrumbaderos de 500 pies de profundidad. La belleza que distingue las cercanías de las pequeñas

cataratas del Mohauca, es tan singular como sorprendente. Aquí, como en otros muchos rios de América, parece que el cauce es mucho mas estrecho ahora de lo que debia ser en otro tiempo, y el espacio que antes habia llenado, está cubierto de yerba verde y crecida, excepto á intervalos, que de repente se levantan masas de rocas, coronadas por árboles que viven con la substancia escasa que las peñas pueden procurarles. La carrasca enana ó chaparro, los cedros, y el fresno de las montañas se mezclan de cien diferentes maneras, y forman grupos á cual mas vistoso; cada nuevo cuadro es tan bello y quizas mas que el cuadro que le precede. Yo nunca he visto un sitio mas dulce-mente salvaje.

Sorprendióme oír á uno de nuestros compañeros de diligencia, al pasar por un punto de singular belleza: «Todas las cercanías pertenecen, ó han pertenecido á Mr. Eduardo Ellice, miembro del parlamento ingles: ha vendido una porcion considerable de terreno, y ya, señora, podeis ver como prospera la parte vendida:» y diciendo esto apuntaba á una casa de madera grande, donde se leia sobre la parte pintada de blanco: «Dinero por trapos,» en letras del tamaño de tres pies.

Entonces me acordé de que cerca del mismo sitio se habia quejado nuestro yanquí de la

indiferencia inglesa por los privilegios de agua. Él no nombró á Mr. Eduardo Ellice; pero sin duda Mr. Ellice es el Ingles «que nunca habia pensado en mejoras.»

Muchas veces he confesado mi incapacidad para la descripcion, incapacidad de que estoi persuadida en mi alma y conciencia, pero debo repetir aquí mi confesion, para que no se tome por negligencia ú otro vicio el silencio con que tan ligeramenté paso por medio del valle sin igual de Mohauca. Yo quisiera que algun pintor, con el ardimiento que da la fuerza de la juventud, diera fé á mis palabras, y cruzara el Atlántico, para visitar un verano en romería artística el estado de Nueva-Yorc. Y haria bien, porque con toda seguridad puede afirmarse que el mundo no ofrece en el mismo espacio y con la misma facilidad de acceso, tantos asuntos para su pincel. Montañas, selvas, rocas, lagos, rios, cataratas, todo lo reuniré allí en la cima de la perfeccion. Pero debe ser tan atrevido como un leon para colorir, si no quiere perder su tiempo. Hai una claridad de ambiente, una fuerza de claro-oscuro, una solidez en el follage, y una brillantez de contrastes, que harán un colorista de cualquiera que tenga ojos. Mas que tenga valor para tomar con su pincel sombras negras como la noche, y matices cuya luz cegara el

águila; y como presumo que mi jóven pintor es un entusiasta, le aconsejo que vaya primeramente al Niágara, porque sus alas atadas se abatirían hasta en el valle del Mohauca. Si su ardor se aumenta, puede templar su sed en Trénton, y mientras permanezca allí, creará que nada hai mas allá. Si un artista aventurero se resuelve á seguir mi consejo, á su vuelta (cuando por mi proyecto haya ganado una cantidad de dinero prodigiosa) solo le pediré por recompensa dos paisajes. Uno será el que represente el lago de Canandaigua; el otro el que recuerde el bosque de cocos donde los caciques de las seis naciones se juntan á consejo.

En nuestro viaje, no me acuerdo qué dia pasamos por un sitio del bosque á corta distancia del campo, el cual nos fué señalado como el teatro de una escena verdadera, mas en extremo romanesca. Durante la grande y terrible revolucion francesa de 1792, logró escaparse de sus horrores un jóven de una familia noble, habiendo salvado su cabeza con dificultad, y sin la posibilidad de salvar ninguna otra cosa. Llegó á Nueva-Yorc en un estado casi completo de miseria; y despues de haber pasado la mañana de su vida no solamente en medio del esplendor, sino en medio del esplendor de la corte de Francia, se vió atropellado por la

poblacion afanosa de Nueva-Yorc, sin tener un *dolar* con que evitar morir de hambre. En semejante situacion casi es preferible la guillotina. El jóven aristocrata hizo inauditos esfuerzos para encontrar donde ganar su vida trabajando; pero ¿quién habia de emplear las manos blancas, los brazos débiles del infeliz, cuando se presentaba en el mercado la fuerza y robustez de tanto Hércules negro? Renunció pues la esperanza de hallar medios de alimentarse entre sus semejantes, y abandonando la tentativa de solicitar el auxilio de los hombres, resolvió retirarse á los bosques para buscar en ellos un asilo. Quedábanle unos cuantos *chilines* (*) solamente, y con los restos de su pobre caudal compró una hacha y ganó el territorio de Oneida. Cortó unos cuantos árboles de los mas endebles de la selva, y se construyó un abrigo de que se hubiera reido el mismo Robinson Crusoe, porque no le preservaba de la lluvia. La falta de alimento, el rigor del tiempo, y un trabajo demasiado rudo para quien no estaba acostumbrado á tantas fatigas y padecimientos, produjeron el resultado natural que no podia evitar la flaqueza de una organizacion delicada. El desgraciado jóven cayó enfermo, y tendido en la dura y húmeda tierra,

(*) Moneda de plata inglesa del valor de nuestras pesetas columnarias.

ahogado mas que cubierto bajo las deshojadas ramas que caian sobre él, yacia abrasado por una sed rabiosa, y temblando en el acceso de una fiebre aguda, con la esperanza de que cada momento fuese el último de su vida por único consuelo.

Cerca del sitio que habia elegido para su miserable guarida, habia un *wigwam* ó cabaña, que era la última de una aldea india; pero estaba totalmente escondida en la espesura del bosque de suerte que no la habia percibido. No se sabe cuantos dias estuvo el infeliz proscrito sin alimento, mas se hallaba en una insensibilidad absoluta, cuando una India jóven, que el azar llevó desde su *wigwam* á la choza del moribundo, entró y lo vió en situacion tan triste... El corazon de las mugeres es en mi sentir mui semejante, si no es el mismo en todas partes; la muchacha no se detuvo á examinar si el color de un hombre que sufría era blanco ó rojo: corre á su cabaña, vuelve con la velocidad del pensamiento, y el pobre extranjero tiene ron, leche y mantas. No, su ángel tutelar no lo abandonará; cuando el enfermo recobró sus sentidos, su cabeza descansaba en la falda de la hija del desierto, que con la ternura de una madre le hizo beber los cordiales que le habia llevado.

No hai ojos negros, aunque sea en Francia,

en Italia, ni aun en España, que puedan expresar el cariño mas elocuentemente que los ojos hermosos de una India. Todas las naciones entienden ese language, y el pobre Frances leyó clara y distintamente en la mirada ansiosa de su amable enfermera, que no lo dejaria morir abandonado.

La historia es bastante romanesca hasta aquí, pero lo que sigue, no deja tambien de serlo. La India presentó á su tribu el hombre blanco que llamaba su amigo, y que fué adoptado por los salvages como hermano, aprendió su lengua, se vistió á su manera y abrazó todas las costumbres de su vida. Su gratitud no tardó en convertirse en un sentimiento mas profundo: el amor fué la recompensa de la beneficencia, y si se ha de creer la crónica del distrito, el noble Frances y la salvage americana vivian felices y disfrutaban mas que de las delicias del amor conyugal; pero cuando el proscrito se vió padre de muchos hijos empezó á sentir los estímulos de la memoria, y querer pasar de la vida salvaje á la existencia civilizada.

Mi historiador no me explicó el proyecto con que visitó Nueva-Yorc; pero en efecto fué á la ciudad con trage indio, y supo que la tranquilidad se habia restablecido en su patria: noticia que le dió la esperanza de que le res-

tituyer en alguna parte de los vastos dominios que antes habia poseido su familia.

Me he extendido quizas demasiado en mi relacion: y no debo añadir para terminarla, sino que sus esperanzas se cumplieron, y que una parte de su numerosa y floreciente familia está establecida en Francia, y otra permanece en América (uno de sus miembros pienso que es abogado en Nueva-Yórc), mientras el héroe y la heroína del romance continúan habitando en el distrito de Oneida, no en un *wigwam* ó cabaña, sino en una buena casa, hermosamente situada, con todas las conveniencias de la vida civilizada.

Tal es la relacion que oí á un compañero de viaje de diligencia. A mí me ha parecido interesante y como tal la he repetido, aunque no tengo mejor autoridad para asegurar su verdad, que la asercion de un viajero desconocido.



CAPITULO XXXIV.

Vuelta á Nueva-Yorc. — Conclusion.



La posada de los Adelfos nos volvió á recibir en Albania el dia 14 de junio, y nos decidimos á pasar allí el dia siguiente, tanto para ver el pueblo, como para reponer nuestras fuerzas que habiamos apurado en una expedicion cansadísima y con el calor insupportable de la estacion. Hubiera sido mui difícil encontrar mejor descanso para nuestro propósito. Las habitaciones de la posada son espaciosas y ventiladas, y hai nieve con abundancia.

Pero, á pesar de las muchísimas conveniencias de esta excelente posada, me sorprendió el plan de vida tan *anti-ingles* que seguian dos señoras que, al parecer, se habian establecido en ella permanente. Eran una madre y su hija; la hija era en extremo linda, y tenia dos criaturas. Yo no sé donde estaban los mari-